

INCENDIO DE UN CAMPO

Los altos pastos y pajas bravas ardían en una vasta extensión, irradiando vívidísima lumbre en las alturas y a lo largo de las laderas.

Sobre el haz de la zona opresa por paralelas de cerros pedregosos, alzábanse viboreando enormes lenguas de fuego; y allí donde más nutridas eran las toforas, formábanse deslumbrantes corolas entre sordas crepitaciones y millaradas de chispas.

Por pavorosas estelas de brasas pasaba el ganado bayendo. Parecía presa del vértigo. La pezuña del enjambre revolvió y hacia trizas las ascuas, despidiéndolas hacia atrás, entre torbellinos de cenizas ardientes. Muchos toros, con las gudejas y borlones chamuscados, ganando la delantera en medio de roncós bramidos, se apretaban en los fatídicos senderos; uníanse los lundimientos de sus guampas al fragor de los troncos que estallaban bajo la presión de la hirviente savia.

Al empuje formidable de la piara despavorida, rodaba estrujado entre las llamas de los flancos el ganado menor que no había atinado a guarecerse con tiempo en los ribazos del arroyo; y al olor de la lana chicharrada se mezclaba el de la cerda y el de cien malezas consumidas por tenaz voracidad, acumulando en la atmósfera gigantesca volutas de humo negro, sembrado de fugaces luminarias.

Las faldas de la sierra, en otras horas sombrías, parecían en ese momento como vestidas de terciopelo color sangre, a su vez recamado de cenicientos visos que los gases simulaban al flotar en densos nubarrones sobre los abismos y estribaderos. Los peñascos de las bases y de las cumbres, heridos por el vívido reflejo del incendio, resaltaban en la costa como deformes verrugas de un tinte rojo-amarillento.

En medio de aquella atmósfera irrespirable, llena de vapores, ruidos y estrellas errantes, los bramidos y relinchos, por muy atronadores que fueran, no alcanzaban a cubrir los gritos enérgicos de los hombres, que se alzaban como notas sobreguadas en la heroica lucha con el incendio.

El maíz nutrido, a manera de centro de una línea de batalla en orden cerrado, chisporroteaba ensordecedor, al abrirse en rosetas los granos de sus espigas.

En el recodo del valle, una manada de yeguas ariscas, formando herradura, con las ancas puestas hacia el sitio en que dominaba el fuego, distribuía un diluvio de ceces a las llamas que iban aproximándose con una celeridad terrible.

Aquellos animales, revueltas las crines, el ojo aterrado, las narices como hornallas, las pieles trasudantes entre borbollos de espumas, se habían detenido junto a unas rocas acantiladas, de cuyos resquebrajos surgían hacia afuera, a modo de arpones, multitud de arbustos espinosos de ramas cortas y duras.

Combustible de fácil presa, este enmarañado bosquecillo había ya recibido en su seno algunas aristas ardiendo, disparadas desde lejos con la violencia de proyectiles. La mañana empezaba a crepitar, y una que otra culebra de fuego tras una bocanada de humaza, escapábase de la espesura oscilante y fatidica.

Hurones y lagartos corrían veloces por todas partes, buscando donde sepultarse de cabeza, metiéndose y aliándose de sus cuevas con una rapidez pausada. Raudas bandas de murciélagos cruzaban entre chirridos de la humareda.

En las bocas lóbregas de ciertas grutas, removíase todo un enjambre de alas de otros tantos quirópteros, que se azotaban con ellas en la presa de la fuga, cayendo a montones en el tropel a pocas líneas de las brasas.

Al sitio donde las yeguas estaban, no distante del rancho de Pablo Luna, vió éste llegar de improviso dos hombres de los del servicio de pastoreo; quienes, bastante osados para arrostrar el peligro, echaron el lazo a uno de los yeguares y dieron con él en tierra.

Matáronlo en el acto; lo abrieron a sendas cuchilladas del pecho al vientre, de modo que quedasen a medio salir las entrañas; haron con los extremos de sus alazas de trenza un remo delantero y otro trasero de la yegua destripada; y, espoleando sus caballos, comenzaron a arrastrar aquel montón de carnes y de huesos por encima de los pastos encendidos.

Corrían bien separados uno de otro por terrenos que

el fuego no dominaba todavía, en tanto los despojos sangrientos que formaban con el vértice del ángulo, rodaban sobre el fuego apagándolo a trechos, y a trechos difundiéndolo hacia otros lados, sin atenuar su violencia.

En pos de ese tren lúgubre, quedaban algunas ranuras o isletas negras circunvaladas de llamas.

Ante esos desesperados afanes, que él observaba impasible, el gauecho trovas murmuró:

— Es al cohete. ¡Al viento no se asujeta como a yegua por los garrones!

En realidad, el Nordeste soplabá con fuerza, empujando las llamas hacia la sembradura y la huerta, que estaban a corto espacio de las casas.

Pablo Luna había osegado bien la oportunidad para dar cima a su obra destructora.

El desastre completo parecía inevitable en un campo de altos pastizales y cardos ya sin verdor, de chilcas, junco y espadañas. Todo ardía como yesca.

Vió Pablo en aquel recodo del valle, verdadero desvío infernal donde las yeguas ariscas habían hecho semicirculo pateando las llamas en vez de huir, cómo se incendiaba la maraña veloz, e íbase formando alrededor de las rocas un festón de fuego tan vivo y poderoso, que los yeguares más azorados se revolviéron al fin, enviándole redobladas ceces, en tanto el voraz elemento, avanzando por el frente, convertía en pavesas sus crines y copetas.

Luego, las llamas de uno y otro extremo llegaron a confundirse: cuerpos negros se debatieron desesperados en el centro, entre lúgubres relinchos, tropezando, cayendo, levantándose para volver a derrumbarse en espantoso tumulto. Una tromba de humo negro cuajado de chispas se elevaba a grande altura bajo la gira frenética y loca; trilla de brasas que volaban en infinitos átomos a todos rumbos bajo los cascos furiosos, y se incrustaban en los cuellos y lomos como verdaderos tábanos de fuego.

Instantes después la columna de vapores fué más densa y opaca, y un olor de carne achicharrada se difundió con fuerza en la atmósfera.

Con la cabeza hundida entre las manos, lívido, desgreñado, el gauecho trovas no apartaba del cuadro sus ojos inyectados de sangre.

Sólo cuando el fuego, impelido por el Nordeste, estuvo cercano a las casas, saltó a su alazán, y alzando el rebenque dió un grito de fiera, saliendo a media rienda por la orilla del monte, rumbo al barranco de la Bruja.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.

MITOLOGICA

Con la voz y con la fusta, Faetonte, el auriga celeste, excitaba los flamígeros caballos del carro de luz de Febo. Lluvia de rayos de oro despedía el Empíreo, como hierro batido sobre el yunque.

Reverberaba la naturaleza con resplandores de incendio, cual esendo brúñido en las fraguas ciclopeanas por el puño hereático de Vulcano.

Sin que una lastra desluciera la pureza de su disco incandescente, el Sol recorría el espacio inconmensurable señalando su carrera triunfal con una estela luminosa, como si fuera una nave de fuego que bogara por el mar de lo infinito.

De súbito, desbocado el tiro por la inhabilidad de las manos que empuñaban las bridas, desorbitado el astro, descoló la tierra, palideció su luz, y pardas nubes sembraron su superficie, como obscurecen la tersura del cielo que se llama la conciencia, las sombras de los nimbus que se llaman el pecado.

Indignado Zeus, estremeció el Olimpo con su enarcamiento de cejas, y con el rayo de las cóleras celestes asateó la frente del conductor inhábil.

Desde entonces afean la pristina limpidez del Sol las opacidades que se notan en su faz.

También el alma humana, como el dios de la luz, genésicamente virginal, víctima de complacientes debilidades, finaliza por encerrarse entre sus brillantes manchas sombrías.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.